

men especial

-8-

Seminario Multidisciplinario José Emilio González  
Escuela de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

5/21/88  
5/24/88  
9/1/88  
9/1/88

9950804  
E912811

supur

Cubierta: Daniel Gil

**L**as obras teatrales de TENNESSEE WILLIAMS (1914-1983) tuvieron la singular fortuna de conquistar a la vez los elogios de la crítica y la atención permanente de los espectadores. Si «El zoo de cristal» (estrenada en 1944) constituyó su primer gran éxito, «Un tranvía llamado Deseo» (galardonada con el Premio Pulitzer en 1948) le consagraría definitivamente como uno de los más grandes dramaturgos de la historia norteamericana. Las adaptaciones cinematográficas de sus más famosas piezas contribuirían a extender su celebridad por el mundo entero. El presente volumen ofrece una selección de sus mejores PIEZAS CORTAS; estas nueve obras en un acto son una excelente muestra del talento dramático, la calidad literaria y las obsesiones profundas que inspiraron su teatro. «En mi opinión —escribió Tennessee Williams en el prólogo de esta recopilación— el arte es una forma de anarquía, y el teatro es una forma de arte. El arte sólo es anarquía, en yuxtaposición con la sociedad organizada. Es una anarquía beneficiosa; debe serlo, y si es verdadero arte lo es. Es beneficiosa si construye algo que faltaba, y lo que construye puede ser la crítica de lo que existe».

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

# PIEZAS CORTAS

El libro de bolsillo Alianza Editorial

Prólogo .....	7
Veintisiete vagones de algodón .....	15
<u>La marquesa de Larkspur Lotion</u> ..... X	53
Mi último reloj de oro macizo .....	65
Auto-da-fe .....	81
El más extraño idilio .....	101
<u>El largo adiós</u> ..... X	135
<u>Háblame como la lluvia y déjame escuchar</u> ..... X	159
La habitación oscura .....	171
El caso de las petunias pisoteadas .....	183

**Piezas cortas**

Sección: Literatura

Tennessee Williams:  
Piezas cortas

El Libro de Bolsillo  
Alianza Editorial  
Madrid



La marquesa de Larkspur Lotion \*

\* «Larkspur Lotion» es un producto que se utiliza para combatir los parásitos (*N. del T.*)

Personajes

SRA. HARDWICKE-MOORE  
SRA. WIRE  
El ESCRITOR

Escena

Una habitación pobremente amueblada en el barrio francés de Nueva Orleans. No tiene ventanas, ya que es un cubículo separado de otros semejantes por tabiques artificiales. Un pequeño tragaluz inclinado deja pasar la escasa y deprimente luz de las últimas horas de la tarde. Hay un armario alto, negro, con lunas rotas en las puertas, una bombilla eléctrica oscilante, una cómoda negra y carente de elegancia, una horrible estampa de un santo y, encima de la cama, un escudo de armas en un marco.

La SRA. HARDWICKE-MOORE, una mujer de cuarenta años, teñida de rubio, está sentada en el borde de la cama en actitud pasiva, como si no se le ocurriera nada mejor que hacer.

Se oye un golpe seco en la puerta.

- ① SRA. HARDWICKE-MOORE (*En un tono agudo, afectado*): ¿Quién es, por favor?
- ② SRA. WIRE (*Desde fuera, bruscamente*): ¡Soy yo!

(Con una expresión momentánea de terror en la cara, la SRA. HARDWICKE-MOORE se levanta muy tiesa)

3 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Oh... Señora Wire. Pase. (Entra la patrona, una mujer de unos cincuenta años, gruesa y desaliñada.) Precisamente iba a pasar por su habitación para hablar con usted.

9 SRA. WIRE: ¿Sí? ¿De qué?

5 SRA. HARDWICKE-MOORE (Con una sonrisa que quiere ser jovial, pero que resulta forzada): Señora Wire, lamento decirle que no creo que estas cucarachas sean los compañeros de cuarto más gratos, ¿y usted?

9 SRA. WIRE: Cucarachas, ¿eh?

9 SRA. HARDWICKE-MOORE: Sí, exactamente. No es que haya tenido muchos contactos con cucarachas en mi vida, pero las pocas que había visto hasta ahora eran pedestres, de las que andan. ¡Estas, señora Wire, son cucarachas voladoras! Me quedé asombrada, en realidad me quedé literalmente pasmada cuando una de ellas despegó del suelo y empezó a zumbear por el aire, describiendo un círculo, apenas a dos pulgadas de mi cara. Señora Wire, me senté en el borde de esa cama y lloré, ¡tan horrorizada y asqueada me sentía! ¡Imagínese! ¡Cucarachas voladoras, algo que nunca se me ocurrió que existiera, zumbando y dando vueltas a mi alrededor! Mire, señora Wire, quiero que sepa...

8 SRA. WIRE (Interrumpiéndola): Las cucarachas voladoras no tienen nada de extraño. Las hay en todas partes, incluso en el barrio elegante las tienen. Pero no era eso lo que yo quería...

9 SRA. HARDWICKE-MOORE (Interrumpiéndola): Es posible, señora Wire, pero yo también puedo decirle que me horrorizan las cucarachas, incluso las simples cucarachas tradicionales, las pe-

destres; y en cuanto a este otro tipo, las que vuelan... ¡Si he de quedarme aquí, estas cucarachas voladoras han de desaparecer, y han de desaparecer inmediatamente!

10 SRA. WIRE: ¿Cómo voy a impedir yo que las cucarachas voladoras entren por las ventanas? Pero no es eso lo que yo...

11 SRA. HARDWICKE-MOORE (Interrumpiéndola): Yo no sé cómo, señora Wire, pero tiene que haber un procedimiento. Lo único que sé es que tienen que desaparecer antes de que yo pase aquí una noche más, señora Wire. ¡Oiga, si me despierto por la noche y me encuentro una en la cama me dará un ataque; le juro que, sencillamente, me moriré de convulsiones!

12 SRA. WIRE: Perdóneme que le diga, señora Hardwicke-Moore, que es mucho más probable que se muera usted de beber demasiado que de convulsiones provocadas por cucarachas. (Coge una botella de la cómoda.) ¿Qué es esto? ¡Larkspur Lotion! ¡Vaya!

13 SRA. HARDWICKE-MOORE (Enrojeciendo): Lo uso para quitarme el esmalte de las uñas.

SRA. WIRE: ¡Muy delicada, sí!

SRA. HARDWICKE-MOORE: ¿Qué quiere usted decir?

SRA. WIRE: No hay una casa vieja en el barrio que no tenga cucarachas.

14 SRA. HARDWICKE-MOORE: Pero no en cantidades tan enormes, ¿no? ¡Le aseguro que esta habitación está realmente infestada!

15 SRA. WIRE: No hay que exagerar. Y, a propósito, no me ha pagado usted todavía el resto del alquiler de esta semana. No pretendo cambiar de conversación, pero sí necesito cobrar ese dinero.

16 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Le pagaré el resto del alquiler tan pronto como haya acabado usted con las cucarachas!

- 15 SRA. WIRE: Tendrá usted que pagármelo ahora mismo o marcharse.
- 16 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Estoy decidida a marcharme si no se van las cucarachas!
- 17 SRA. WIRE: Entonces márchese y deje de hablar de ellas.
- 18 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Debe usted haber perdido el juicio, no puedo marcharme ahora mismo!
- 19 SRA. WIRE: ¿Entonces a qué viene lo de las cucarachas?
- 20 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Viene a lo que ya le he dicho, que no creo que sean los seres más indicados para compartir con ellos un cuarto!
- 21 SRA. WIRE: ¡De acuerdo! ¡No lo comparta! ¡Haga la maleta y múdese a otro sitio donde no haya cucarachas!
- 22 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¿Quiere usted decir que insiste en tener cucarachas?
- 23 SRA. WIRE: No, lo que quiero decir es que insisto en que me pague usted el alquiler que me debe.
- 24 SRA. HARDWICKE-MOORE: Ahora mismo es imposible.
- 25 SRA. WIRE: Imposible, ¿eh?
- 26 SRA. HARDWICKE-MOORE: Sí, y le diré por qué. No me han girado todavía la suma que trimestralmente me manda la persona que regenta la plantación de caucho. Hace ya varias semanas que la estoy esperando, pero según la carta que recibí esta mañana parece que ha habido un pequeño error en los impuestos del año pasado y...
- 27 SRA. WIRE: ¡Oh, basta ya! ¡Otra vez la maldita plantación de caucho! ¡La plantación de caucho del Brasil! ¿Cree usted que en los diecisiete años que llevo en este negocio no he aprendido nada sobre las mujeres de su clase?
- 28 SRA. HARDWICKE-MOORE (*Muy tiesa*): ¿Qué insinúa usted?
- 29 SRA. WIRE: Supongo que los hombres que recibe

- usted por las noches vienen a hablar de la plantación de caucho del Brasil, ¿no?
- 32 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Debe usted estar loca para decir una cosa así!
- 33 SRA. WIRE: ¡Oigo lo que oigo y sé lo que pasa!
- 34 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Ya sé que es usted una fisgona, que escucha detrás de las puertas!
- 35 SRA. WIRE: ¡No soy una fisgona ni escucho detrás de las puertas! ¡Lo primero que aprende una patrona del barrio francés es que no tiene que ver ni oír, sino limitarse a cobrar su dinero! ¡Mientras me pagan, conforme, soy ciega, sorda y muda! Pero en cuanto el dinero no llega, recupero el oído, la vista y el habla. Si hace falta, cojo el teléfono y llamo al jefe de Policía, que es pariente de mi hermana. Anoche oí aquella discusión sobre dinero.
- 36 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¿Qué discusión? ¿Qué dinero?
- 37 SRA. WIRE: ¡El gritaba de tal modo que tuve que cerrar la ventana de delante para impedir que el ruido llegara a la calle! ¡Y no oí nada de ninguna plantación en el Brasil! ¡En cambio, se habló de otras muchas cosas con toda claridad en esa conversación de medianoche que tuvieron ustedes! ¡Larkspur Lotion... para quitarse el esmalte de las uñas! ¿Se figura usted que soy una niña? ¡Es lo mismo que la maravillosa plantación de caucho!  
(*Se abre la puerta de par en par y entra el ESCRITOR, que lleva un viejo albornoz color púrpura*)
- 38 ESCRITOR: ¡Basta!
- 39 SRA. WIRE: ¡Oh! ¡Es usted!
- 40 ESCRITOR: ¡Deje de importunar a esta mujer!
- 41 SRA. WIRE: ¡El segundo señor Shakespeare entra en escena!



ESCRITOR: ¡Oí sus endemoniados aullidos entre sueños!

SRA. WIRE: ¿Sueños? ¡Ja, ja! ¡Querrá usted decir en el sopor de la borrachera!

ESCRITOR: Mi enfermedad me obliga a descansar. ¿Acaso no tengo derecho?

SRA. WIRE (*Interrumpiéndole*): ¡Enfermedad... alcohólica! ¡No me venga con cuentos! Me alegro de que haya venido. Voy a repetir para que usted lo oiga lo que acabo de decirle a la señora. ¡Estoy harta de tramposos! ¿Está claro? ¡Hasta la coronilla de todos ustedes, ratas de barrio, mestizos, borrachos, degenerados, que tratan de ir tirando con promesas, mentiras, embelecos!

SRA. HARDWICKE-MOORE (*Tapándose los oídos*): ¡Oh, por favor, por favor, por favor, deje de chillar! ¡No es necesario!

SRA. WIRE (*Volviéndose a ella*): Usted con su plantación de caucho en el Brasil. Ese escudo de armas en la pared que compró usted en el baratillo. ¡La mujer que se lo vendió me lo dijo! ¡Una Habsburgo! ¡Sí! ¡Una dama de la nobleza! ¡La marquesa de Larkspur Lotion! ¡Ese es su título!

(*La SRA. HARDWICKE-MOORE da un grito desgarrador y se arroja boca abajo en la hundida cama*)

ESCRITOR (*Con un gesto de compasión*): Deje de atormentar a esta desdichada mujer. ¿Ya no queda piedad en el mundo? ¿Dónde está la compasión y la comprensión? ¿Qué se ha hecho de ellas? ¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Cristo? (*Se apoya, temblando, en el ropero.*) ¿Y qué pasa si no existe la plantación de caucho en el Brasil?

SRA. HARDWICKE-MOORE (*Enderezándose vivamente*): ¡Le aseguro que sí, que existe!

(*El cuello tenso de convicción, la cabeza echada hacia atrás*)

ESCRITOR: ¿Y qué si no hay ningún rey del caucho en su vida? ¿Tiene que haber reyes del caucho en su vida? ¿Se le ha de reprochar que necesite compensar las crueles deficiencias de la realidad con el ejercicio de un poco de imaginación...? ¿Cómo diré?... ¿Dada por Dios?

SRA. HARDWICKE-MOORE (*Echándose boca abajo en la cama una vez más*): ¡No, no, no, no! ¡No es... imaginación!

SRA. WIRE: ¡Le ruego que haga el favor de dejar de espetarme pomposos discursos! ¡Usted con su obra maestra de setecientas ochenta páginas corre parejas con la marquesa de Larkspur Lotion en cuanto al uso de la imaginación!

ESCRITOR (*Con voz fatigada*): Ah, muy bien, ¿y qué? Suponga que no existe ninguna obra maestra de setecientas ochenta páginas. (*Cierra los ojos y se toca la frente.*) ¡Suponga que no existe obra ninguna! ¿Qué le parece, señora Wire? ¡Que sólo hay unas cuantas, muy pocas, páginas sin valor, mal escritas, en el fondo de mi viejo baúl!... ¡Suponga que yo quise ser un gran artista, pero que me faltó energía y capacidad! ¡Suponga que mis libros no tuvieron capítulo final, que incluso mis versos languidieron incompletos! ¡Suponga que los telones de mi exaltada fantasía se alzaron sobre dramas magníficos, pero que las candilejas se apagaron antes de caer el telón! ¡Suponga que todas estas tristes cosas son ciertas! ¡Y suponga que yo —dando traspies de bar en bar, de copa en copa, hasta caer finalmente en el colchón infestado de piojos de este burdel—, suponga que yo, para hacer soportable esta pesadilla mientras tenga que seguir siendo su impotente protagonista, suponga que yo la adorno, la ilumi-

no, la sublimo! ¡Con sueños y ficciones y fantasías! ¡Como la existencia de una obra maestra de setecientas ochenta páginas..., inminentes estrenos en Broadway..., maravillosos libros de poemas en manos de los editores, que sólo esperan unas firmas para ser publicados! ¡Suponga que vivo en este mundo de piadosa ficción! ¿Qué satisfacción puede procurarles a usted, buena mujer, hacerlo pedazos, aplastarlo, decir que es mentira? ¡Escuche lo que le digo! ¡No hay más mentiras que las que mete en la boca la mano nudosa de la necesidad, el frío puño de hierro de la miseria, señora Wire! ¡Así que yo soy un embustero, sí! ¡Pero su mundo está edificado sobre una mentira, su mundo es una espantosa construcción hecha de mentiras! ¡Mentiras, mentiras!... ¡Ahora estoy cansado y ya he dicho lo que tenía que decir, y no tengo dinero para pagarle, de modo que márchese y deje en paz a esta mujer! Déjela sola. ¡Vamos, váyase, fuera!

*(La empuja firmemente haciéndola salir)*

54 SRA. WIRE (*Gritando desde fuera*): ¡Mañana por la mañana! ¡O pagan o se van! Los dos. ¡Juntos! ¡La obra maestra de setecientas ochenta páginas y la plantación de caucho del Brasil! ¡Pamplinas!

*(Lentamente, el escritor fracasado y la mujer fracasada se afrontan. A través de la claraboya la luz disminuye, agrisándose. El ESCRITOR extiende lenta y rigidamente sus brazos en un gesto de impotencia)*

55 SRA. HARDWICKE-MOORE (*Volviéndose para evitar su mirada*): ¡Cucarachas! ¡Por todas partes! ¡Por las paredes, por el techo, por el suelo! ¡Lo llenan todo!

56 ESCRITOR (*Con dulzura*): Lo sé. Supongo que no

había cucarachas en la plantación de caucho del Brasil.

57 SRA. HARDWICKE-MOORE (*Animándose*): No, claro que no. Todo estaba siempre immaculado, siempre. Imaculado. ¡Los suelos estaban tan limpios y lustrosos que brillaban como espejos!

58 ESCRITOR: Ya. ¡Y las ventanas... supongo que se abrían sobre un hermoso paisaje!

59 SRA. HARDWICKE-MOORE: ¡Indescribiblemente hermoso!

60 ESCRITOR: ¿Estaba muy lejos del Mediterráneo?

SRA. HARDWICKE-MOORE (*Insegura*): ¿Del Mediterráneo? ¡Una milla o dos tan sólo!

61 ESCRITOR: En una mañana muy clara me atrevería a decir que era posible distinguir los blancos acantilados calcáreos de Dover..., al otro lado del canal, ¿verdad?

62 SRA. HARDWICKE-MOORE: Sí, en un día muy claro, sí. *(El ESCRITOR le pasa en silencio una botella pequeña de whisky.)* Gracias, señor...

63 ESCRITOR: ¡Chéjov! ¡Anton Pavlovich Chéjov!

64 SRA. HARDWICKE-MOORE (*Sonriendo con un resto de coquetería*): ¡Gracias, señor Chéjov!

Telón

**El largo adiós**

## Personajes

JOE  
MYRA  
MADRE  
SILVA  
BILL  
CUATRO MOZOS DE MUDANZAS

Apartamento F, tercer piso de la fachada sur de una casa de vecindad situada en un barrio deslavado de una gran ciudad del oeste medio de los Estados Unidos. Fuera pasan con estruendo los camiones por las sombrías calles y los niños juegan gritando en los patios que dan acceso a los sótanos, entre polvorientos muros de ladrillo rojo. A través de las ventanas de la fachada, en la pared de la izquierda, la luz de la media tarde se derrama sobre los tristes muebles de la habitación. Más allá de las ventanas está la puerta de entrada, y en el centro de la pared del fondo una puerta grande que da a un pasillo del apartamento, donde hay un teléfono sobre una repisa. En la pared de la derecha, una puerta da acceso a un dormitorio. Los muebles están ajados y en desorden, como si hubiesen presenciado la súbita desaparición de veinticinco años de vida furiosa, desesperada, entre ellos, y ahora sólo esperasen que los encargados de la mudanza se los llevaran.

Del apartamento contiguo llega el sonido de una radio que retransmite el partido de beisbol desde el Parque de los Deportes. JOE, un muchacho de veintitrés años, está sentado a una mesa colocada junto a las ventanas repasando un manuscrito.

Tiene delante una máquina de escribir portátil en la que hay metida una página del manuscrito; en el suelo, junto a la mesa, una maleta muy estropeada. JOE lleva una camiseta y unos pantalones viejos. El ruido de la retransmisión le molesta y baja de golpe las ventanas, pero sigue oyéndose igual que antes. Se levanta, dirigiéndose a la puerta de la derecha, y cierra otras ventanas.

El sonido de la radio decrece y JOE vuelve, encendiendo un cigarrillo, con cara de mal humor. SILVA, un muchacho italiano, menudo, agraciado y simpático, abre la puerta de entrada y entra. Es de la edad de JOE. A modo de saludo hace una mueca y después se quita la camisa.

JOE: ¡Radios, partidos de beisbol! ¡Eso es lo que me impide escribir otra cosa que no sean porquerías!

SILVA: ¿Sigues con eso?

JOE: Toda la noche y todo el día.

SILVA: ¿Por qué?

JOE: Estaba nervioso. No podía dormir.

SILVA (*Echando una ojeada a la página metida en la máquina.*) Estás derrochando energía, chico... (*Se separa de la mesa y cruza la habitación.*) Y en mi modesta opinión, no vale la pena. Creía que te mudabas hoy.

JOE: Y me mudo. (*Se deja caer en la silla y tacha una línea. Después saca la hoja.*) Llama a los de la mudanza. Deberían estar aquí ya.

SILVA: ¿Sí? ¿Qué compañía es?

JOE: Guardamuebles Langan.

SILVA: ¿Vas a meter estos trastos en un guardamuebles?

JOE: Sí.

SILVA: ¿Para qué? ¿Por qué no los vendes?

JOE: ¿Al traperero por cuatro perras?

SILVA: Meterlos en un guardamuebles te cuesta dinero. Si los vendes consigues unas perras para empezar.

JOE: ¿Empezar qué?

SILVA: Lo que vayas a empezar.

JOE: Conseguí algún dinero. El seguro de mi madre. Le di la mitad a Myra, ciento cincuenta para cada uno. ¿Sabes adónde me voy?

SILVA: No. ¿Adónde?

JOE: A Río. O a Buenos Aires. Estudié español en la escuela superior.

SILVA: ¿Y qué?

JOE: Conozco el idioma. Me irá bien.

SILVA: ¿Trabajando para la Standard Oil?

JOE: ¿Por qué no? Llama al guardamuebles.

SILVA (*Yendo hacia el teléfono*): Es mejor que te quedes aquí. Saca el dinero del Banco y continúa el proyecto.

JOE: No. No me quedo. Todo esto está muerto para mí. El pez rojo se ha muerto. Me olvidé de darle de comer.

SILVA (*Al teléfono*): ¿Lindell cero ciento veinticuatro... Guardamuebles Langan? Aquí es el apartamento Bassett. ¿Cómo no han venido todavía sus hombres?... ¡Ah! (*Cuelga el aparato.*) El camión está en camino. Junio es un mes de muchas mudanzas. Supongo que tienen mucho trabajo.

JOE: No debía haber dejado la pecera ahí al sol. Probablemente el pobre bicho se coció.

SILVA: Apesta.

(*SILVA coge la pecera*)

JOE: ¿Qué vas a hacer con él?

SILVA: Echarlo por el retrete.

JOE: Está cortada el agua.

SILVA: Oh, bueno.

*(Sale por la puerta del dormitorio)*

JOE: ¡Por qué distingue Dios entre el pez rojo y el gorrión! *(Ríe.)* No se respeta a los muertos.

SILVA *(Volviendo)*: Estás perdiendo tu conciencia social, Joe. ¡Deberías decir: «a menos que sean ricos»! Una vez leí que un millonario enterró a su canario muerto en un pequeño ataúd de oro tachonado de diamantes auténticos. Debió ser un hermoso cuadro. Las plumas amarillas sobre el raso blanco, y las lágrimas del millonario cayendo como diamantes a la luz del sol... ¡Quizá habría un coro de niños cantando! Como la muerte en las películas. Que es siempre algo hermoso. Aun para un artista, yo diría que llevas el pelo demasiado largo. Moviendo un poco las caderas podrías pasar por una diablesa. ¿Un cigarrillo?

JOE: Gracias. ¡Dios!

SILVA: ¿Qué pasa?

JOE: ¿A qué te huele esto?

*(Le da una página del manuscrito)*

SILVA: Hmmm. Percibo un olorcillo a tocino frito.

JOE: ¿Repugnante?

SILVA: Bueno, no es lo mejor que has hecho. Sería preferible que continuases el Proyecto. Hemos acabado con la guía de la ciudad.

JOE: ¿Qué vais a escribir ahora?

SILVA: Dios bendiga a Harry L. Hopkins novecientas noventa y nueve veces. No... Conseguí un encargo interesante. Lo llamo «Fantasmas en el viejo Palacio de Justicia». La época en que se vendían allí esclavos... Esto es malo. Este parlamento de la chica: «Quiero tenerte dentro de mi cuerpo no solamente el tiempo que se

tarda en hacer el amor en una cama, entre el tintinear del hielo en el último vaso de whisky y el tintinear de la furgoneta de la leche...»

JOE *(Arrancándole la página de las manos)*: Debía estar lelo.

SILVA: ¡Debías estar caliente!

JOE: Lo estaba. El verano y el celibato no se combinan muy bien. Buenos Aires...

MOZO 1.º *(Desde la escalera)*: ¡Guardamuebles Langan!

JOE *(Yendo hacia la puerta)*: Aquí es. *(Abre la puerta y entran en tropel los cuatro corpulentos mozos de mudanzas, sudando, arrastrando los pies, mirando a su alrededor con miradas rápidas e indiferentes.)* Saquen primero lo de dentro, ¿eh, muchachos?

MOZO 1.º: De acuerdo.

SILVA: ¿Se suda, eh?

MOZO 2.º: Mucho.

MOZO 3.º *(Entrando al trote)*: «¡Estás lleno de ilusiones!» ¿Qué hora es, chico?

JOE: Las cuatro treinta y cinco.

MOZO 3.º: Tenemos que tomarnos hora y media cuando terminemos este trabajo. ¿Cómo acabó el partido?

JOE: No sé

*(Les mira entristecido)*

MOZO 2.º: ¿Y a ti qué, novato? ¡Muévete! *(Rien y salen por el pasillo del fondo. Después se les oye desarmar una cama)*

SILVA *(Advirtiendo la melancolía de JOE)*: Vámonos de aquí. Es deprimente.

JOE: Tengo que cuidar de los trastos.

SILVA: Vamos a tomar una cerveza. Han abierto un bar en Laclede donde te dan una jarra por diez centavos.

JOE: Espera un poco, Silva.

SILVA: Bueno.

(*Pasan los MOZOS con las piezas de una cama.*

JOE *los mira, inmóvil, con el rostro contraído*)

JOE: Esa es la cama en que yo nací.

SILVA: ¡Por Dios! ¡Y mira cómo la tratan..., como si fuera una cama corriente!

JOE: Myra también nació en esa cama. (*Los MOZOS salen por la puerta.*) En ella murió mi madre.

SILVA: ¿Sí? Fue muy rápido para ser cáncer. La mayoría resiste más tiempo y tiene unos dolores infernales.

JOE: Ella se suicidó. Encontré el frasco vacío aquella mañana en una papelería. No era el dolor lo que la asustaba, sino las cuentas del médico y del hospital. Quería que cobráramos el seguro.

SILVA: No lo sabía.

JOE: No. Guardamos el secreto... ella, yo y el médico. Myra nunca lo supo.

SILVA: ¿Dónde está Myra ahora?

JOE: La última vez que supe de ella, en Detroit.

Recibí una tarjeta. Aquí está.

SILVA: Una fotografía del Club Náutico. ¿Qué está haciendo..., deportes náuticos?

JOE (*Malhumorado*): No, no sé lo que está haciendo. ¿Cómo voy a saberlo?

SILVA: ¿No lo dice? (*JOE no responde.*) Era una chiquilla realmente encantadora... hasta que de pronto...

JOE: Sí. Todo se desbarató cuando murió mamá.

SILVA (*Cogiendo una revista*): ¡Revistas baratas! No me extraña que le hagas ascos al Proyecto. ¡Hemingway! ¿Sabes que tiene un estilo muy fluido? (*JOE se pone de pie como extasiado cuando los MOZOS pasan hacia el fondo.*) Ha estado con las fuerzas leales en España. Luchando en las trincheras del frente, según dicen. ¡Y toda-

vía hay críticos que dicen que lleva un postizo en el pecho! ¡Reaccionarios!

(*SILVA se pone a leer. MYRA entra silenciosamente en la habitación. Joven, radiante, con el vibrante atractivo que le da el recuerdo*)

JOE: ¿Sales esta noche, Myra?

MYRA: Ajá.

JOE: ¿Con quién?

MYRA: Con Bill.

JOE: ¿Quién es Bill?

MYRA: Un tipo que conocí en el concurso de natación del Club Bellerive.

JOE: No creo que una piscina sea el lugar más adecuado para escoger a los chicos con quienes sales, Myra.

MYRA: Claro que lo es. Siempre que sé esté bien en traje de baño. (*Se quita el quimono.*) Tráeme mi traje de vestir blanco. No, más vale que vaya yo. Te sudan las manos.

(*Sale por la puerta del dormitorio*)

JOE: ¿Qué fue de Dave y Hugh White y de aquel..., aquel chico de Kansas City?

MYRA (*Vuelve vestida con un traje de fiesta blanco*): ¿Quién? ¿Aquéllos? Dios mío, no lo sé. Mira. Engánchame esto.

JOE: Creo que lo que tienes en el corazón es una puerta giratoria.

MYRA: Ya. La radio es una gran institución, ¿eh, Joe? (*Cepillándose rápidamente el pelo.*) Estoy tan harta de la radio. Papá la tiene puesta todo el tiempo. Se me encoge el alma de verlo. Siempre ahí sentado, ahí sentado, ahí sentado. No dice ni palabra ya nunca.

JOE: Deberías esforzarte por hablar un poco mejor.

MYRA: Demonios, no soy un ratón de biblioteca. ¿Qué tal?

JOE: Muy elegante. ¿Dónde vas?

MYRA: Chase Roof. Bill no es ningún roñoso. Su gente tiene la plata a espuestas. Viven allá en Huntleigh..., cerca de Ladue. Bendito Dios. Está..., ¡caray! ¡Abre esa ventana! ¿Está nublado?

JOE: No. Claro como el cristal.

MYRA: Eso está bien. ¡Bailar bajo las estrellas! (Suena el timbre.) Es él. Ve a la puerta.

(JOE mira a la puerta cuando entra BILL)

JOE: ¿Por qué ir a Suiza, eh?

BILL: ¿Qué? (Ríe con indiferencia.) Oh, sí. ¿Está lista?

JOE: Siéntese. Saldrá en seguida.

BILL: Muy bien.

JOE (Quitando periódicos del sofá): Ya ve, leemos los periódicos. Estamos al tanto de la actualidad. ¿La página de deportes?

BILL: No, gracias.

JOE: Los Cards ganaron un partido doble. Joe Mewick hizo una carrera completa de un solo golpe con dos hombres en el segundo. ¿Los chistes?

BILL: No, gracias. Ya he visto los periódicos.

JOE: Oh. Pensé que quizá no había podido. Como es tan temprano...

BILL: Son las nueve menos cuarto.

JOE: ¿Es rara, verdad?

BILL: ¿Qué?

JOE: La lámpara. Creí que estaba mirándola.

BILL: No me había fijado.

JOE: Siempre me recuerda un poco la sopa de champiñón. (BILL le mira sin un asomo de sonrisa.) Me ha dicho Myra que vive usted en Huntleigh.

BILL: ¿Sí?

JOE: Debe ser muy agradable aquello. En verano.

BILL: A nosotros nos gusta. (Se pone de pie.)

Oiga, ¿no podría dar a su hermanita un tercer aviso o lo que haga falta?

JOE: Saldrá cuando esté lista.

BILL: Eso es lo que me temo.

JOE: ¿Es la primera vez que sale con una muchacha, Bill?

BILL: ¿Qué quiere usted decir?

BILL: Según mi experiencia, las chicas no siempre salen disparadas de su tocador en el momento mismo en que el chico pasa a recogerlas.

BILL: ¿No? Pero yo creía que de una campeona de natación se podría esperar más velocidad. (Llamándola.) ¡Eh! ¡Myra!

MYRA (Mira a la pared como si fuera un espejo): ¡Sí, Bill, salgo ahora mismo!

JOE: ¿Quiere disculparme?

BILL: Oh, sí.

JOE (Mirando a MYRA): Este Bill tuyo es un hijo de puta. Si sigo un minuto más con él le cruzo la cara.

MYRA: Entonces vale más que no estés con él, porque me gusta. ¿Qué vas a hacer esta noche, Joe?

JOE: Quedarme en casa y escribir.

MYRA: Te quedas en casa y escribes demasiado. ¿Estás sin blanca? Aquí tienes un dólar. Llama a esa chica que escribe versos, Doris. Tiene que salirle un buen soneto bajo las influencias oportunas. Demonio..., no voy a ponerme medias. ¡Voy, Bill! ¡Mírame el cuello por detrás! ¿Está sucio? ¡Dios! (Se perfuma.) Hay que bañarse tres veces al día para estar limpia con este tiempo. Doris. ¿Se llama así? ¡Apuesto a que podrías conseguirla sin gran esfuerzo!

JOE: Myra. No hables así.

MYRA: ¡Qué pelma eres!

JOE: No, no suena bien en una chiquilla de tu edad.

MYRA: ¡Tengo el doble de años que tú! ¡Adiós, Joe!



JOE: Adiós, Myra.

MYRA (*Se vuelve hacia BILL con una sonrisa deslumbradora*): ¡Hola, querido!

BILL: Hola. Salgamos de este horno.

MYRA: Sí. (Salen)

(*Entran los MOZOS con una cómoda*)

MOZO 1.º: Despacio.

MOZO 2.º: ¿La tienes?

MOZO 1.º: Sí. ¿Quién fue el cabrón que cerró esa puerta?

JOE: Yo la abrí. Cuidado al bajar esas escaleras.

SILVA (*Levantando los ojos de la revista*): Un espejo roto son siete años de mala suerte.

JOE: ¿Es verdad eso? La cigüeña debió dejarnos caer sobre un montón de ellos cuando nacimos. ¿Qué tal es el cuento?

SILVA: Buen material.

JOE (*Mirando el título*): La mariposa y el tanque. Ese lo he leído.

VOZ DE NIÑO (*Desde la calle*): ¡Ratón, que te pilla el gato; ratón, que te va a pillar!

JOE (*Pensativo*): Ratón, que te pilla el gato... ¿Nunca jugaste a ese juego?

SILVA: No. En nuestro barrio los chiquillos que juegan así son maricas.

JOE: Nosotros jugábamos a eso. Myra y yo. Subiendo y bajando por las escalerillas de incendios, entrando y saliendo en los sótanos... ¡Dios! ¡Qué bien lo pasábamos! ¿Qué les pasa a los niños cuando crecen?

SILVA: Que crecen.

(*Pasa una página*)

JOE: Sí, crecen.

(*Se eleva en el silencio el ruido de unos patines en la acera, a medida que se desvanece la luz. Sólo queda iluminada con un foco la puerta que da acceso al dormitorio*)

MADRE (*Con voz suave, desde el dormitorio*): ¿Joe? ¡Oh, Joe!

JOE: ¿Sí, madre?

(*Aparece en la puerta la MADRE, una mujer menuda, gastada, envuelta en una bata deslucida y con una expresión preocupada y confusa*)

MADRE: ¿Joe, no te acuestas?

JOE: Sí. En seguida.

MADRE: Creo que ya has escrito bastante esta noche, Joe.

JOE: Estoy terminando. Sólo quiero acabar esta frase.

MADRE: Myra no ha vuelto aún.

JOE: Fue al Chase Roof.

MADRE: ¿No podrías ir con ella alguna vez? ¿Conoces a los chicos con quienes sale?

JOE: No, no puedo entrometerme en sus relaciones. Demonios, si tuviera un empleo no podría pagar propinas por todos los que salen con ella.

MADRE: Me tiene preocupada.

JOE: ¿Por qué? Ella dice que es mayor que yo, mamá, y creo que tiene razón.

MADRE: No, no es más que una niña. Háblale, Joe.

JOE: De acuerdo.

MADRE: Siento que se haya colocado, Joe. Debía haber seguido estudiando en la escuela superior.

JOE: Ella quería cosas..., dinero, trajes..., no puedes censurarla. ¿Ha salido papá?

MADRE: Sí... Ha dejado la natación.

JOE: La echaron del equipo Lorelei.

MADRE: ¿Por qué, Joe?

JOE: Nunca respetaba las normas de entrenamiento. Qué demonio, yo no puedo atajarla.

MADRE: A ti te escucha.

JOE: No mucho.

MADRE: Joe...

JOE: ¿Sí?

MADRE: Joe, me ha vuelto otra vez, Joe.

JOE (*Volviéndose lentamente hacia ella*): ¿Qué?

MADRE: La operación no sirvió de nada. ¡Y con lo que nos costó, Joe! ¡Las cuentas todavía sin pagar!

JOE: Madre, ¿qué te hace pensar eso?

MADRE: Me empezó otra vez el mismo dolor.

JOE: ¿Cuándo?

MADRE: Hace ya algún tiempo.

JOE: ¿Por qué no...?

MADRE: Joe..., ¿para qué?

JOE: ¡Puede que... no sea lo que tú crees! Tienes que volver. ¡Para que te reconozcan, mamá!

MADRE: No. Así es como yo lo veo, Joe. Así. Nunca me han gustado las apreturas. Siempre he deseado tener espacio a mi alrededor, mucho espacio, vivir en el campo, en lo alto de una colina. Nací en el campo, me crié en él y en estos últimos años lo he echado de menos muchísimo.

JOE: Sí. Lo sé. (*Ahora habla para sí.*) Aquellos paseos en coche por el campo, los domingos por la tarde, con el sol dorado, ya bajo, a través de un huerto, las sombras torcidas, la vieja casa ruinoso, azotada por el viento, vacía, ladeada, y tú señalándola, asomada a la ventanilla del coche, tratando de hacer parar a papá...

MADRE: ¡Mira! ¡Aquella casa está en venta! ¡Debe ser barata! ¡Veinte acres de manzanas, un gallinero y, mira, un hermoso granero! ¡Está estropeada ahora, pero no costaría mucho repararla! ¡Para, Floyd, ve despacio por aquí!

JOE: ¡Pero él pasaba de prisa, no quería mirar, no quería escuchar! La cerca desaparecía como una flecha y se elevaba un muro de piedra que ocultaba el sol por un momento. Tu cara se ensombrecía, madre, tu cara expresaba desesperanza, como si estuvieras muriéndote de deseos

por algo que habías visto y casi tenido en las manos, pero sin llegar a conseguirlo. Y el coche paraba frente a un puesto de la carretera. «Necesitamos huevos.» Veinticinco centavos, treinta y cinco..., le pedías cinco centavos a papá. Y el sol estaba ya muy bajo, caía oblicuamente sobre los campos invernales, y el aire era frío...

MADRE: Para algunas personas la muerte significa estar metido en una caja bajo tierra. Pero para mí no. Para mí es lo contrario, Joe, es salir de una caja. Y subir, no bajar. Yo no creo en el cielo. Nunca he creído. Pero pienso que allá tiene que haber mucho espacio, y no habrá que pagar el alquiler a primeros de mes a un viejo holandés avaro que protesta si se gasta mucha agua. Habrá libertad, Joe, y la libertad es lo más grande que hay en la vida. Es curioso que algunos de nosotros no la consigamos hasta después de morir. Pero así es, y no hay más remedio que aceptarlo. Lo que más me cuesta es no dejar las cosas arregladas. Me gustaría tener una seguridad, una idea clara de lo que vais a hacer, de cómo os saldrán las cosas... ¡Joe!

JOE: ¿Sí?

MADRE: ¿Qué harías con trescientos dólares?

JOE: No voy a pensar en eso.

MADRE: Quiero que lo pienses, Joe. La póliza está a tu nombre. Está guardada en el cajón de la derecha del tocador, doblada debajo de la caja de pañuelos y...

(*Su voz se debilita y entran dos de los MOZOS con una lámpara de pie*)

JOE (*Aclarando la garganta*): ¿Dónde está la pantalla de esa lámpara?

(*La MADRE se desliza en silencio hacia afuera al iluminarse la escena*)

MOZO 1.º: Ahora viene.

(*Da un pequeño golpe a la lámpara contra la pared*)

JOE: ¡Maldita sea! ¿Por qué no mira lo que hace?

MOZO 2.º: ¿Qué mosca le ha picado?

MOZO 1.º: Oiga, amigo...

JOE: ¡No les importan nada las cosas de los demás! ¡Las tratan de cualquier manera!

SILVA (*Levantando los ojos de la revista*): Joe, no te pongas así, no van a estropear esos trastos.

JOE: ¡No van a estropearlos, no!

MOZO 1.º: ¿Estropearlos? M...

(*Los dos MOZOS ríen al salir*)

SILVA: Si te rompen algo, te lo pagan.

MOZO 3.º (*Entrando con unas cajas de cartón*):

¿Qué hay en estas cajas?

JOE: Porcelana. Cosas de cristal. De modo que no vaya traqueteándolas por ahí como...

SILVA: Joe, vámonos de aquí. No puedo concentrarme en un cuento con todo este barullo. De todos modos, ¿qué haces quedándote aquí? No seas irracional. Sólo consigues... sentirte deprimido, ¿no es cierto?

JOE: Vete tú si quieres. Yo tengo que esperar aquí.

MOZO 4.º (*Entrando con un puñado de frascos*): En aquella cómoda había unos frascos de perfume y tarros de crema vacíos..., ¿los quiere usted o no?

JOE: Déjelos aquí, en el suelo.

(*El 4.º MOZO coge una silla de la habitación y sale por la puerta que da a la escalera. JOE examina las cosas que ha dejado en el suelo. Destapa un frasco de perfume y lo huele. La habitación se oscurece de nuevo y queda iluminada por un foco la puerta de entrada. Se oye la voz de MYRA en la escalera.*)

MYRA: Bill, lo he pasado estupendamente.

BILL: ¿Eso es todo?... No hay luz. Están todos en la cama.

(*JOE se levanta y se endereza, atento*)

MYRA (*Apareciendo en el umbral*): La luz de Joe está encendida aún.

BILL: Callandito, nena. No tenemos por qué hacer ningún ruido. ¡Yo soy una boquita chiquitita!

MYRA (*Besándole*): Sí, y tienes que irte a casa.

BILL: Acércate más. ¡Mmmm!

MYRA: ¡Bill!

BILL: ¿Qué pasa? ¿No eres la pequeña campeona de natación y salto de Saint Louis?

MYRA: ¿Y qué?

BILL: Bueno, yo también tengo una buena brazada... fuera del agua.

MYRA: Cállate. Quiero irme a la cama.

BILL: Yo también.

MYRA: Buenas noches.

BILL: ¡Escucha!

MYRA: ¿Qué?

BILL: Yo salgo con niñas bien, de la buena sociedad.

MYRA: ¿Y qué?

BILL: Nada. Excepto que...

MYRA: ¿Cómo tengo que tomar esas palabras?

BILL: Muy bien. Te lo diré. Yo acepto el: «Buenas noches, lo he pasado estupendamente» de la reina de las fiestas. Pero cuando chicas como tú pretenden hacerme tragar...

JOE (*Entrando en la zona iluminada por el foco*): ¡Fuera!

BILL: ¡Ah! Es el hermano mayor. Creí que estaría ya durmiendo.

JOE: Fuera, canalla...

MYRA: ¡Joe!

JOE: ¡Antes de que te sacuda!

(*BILL ríe débilmente y sale*)

MYRA: Tenías razón. No vale nada. (JOE la mira.)  
Joe, ¿qué quieren decir con eso de «chicas como tú?»

JOE (*Inclinándose lentamente y cogiendo del suelo un pequeño objeto*): Supongo que se refieren a... esto.

MYRA (*Sin mirar*): ¿Qué?

JOE: Una cosa que... se le cayó del bolsillo.

MYRA (*Deprimida*): ¡Oh! (*Alzando la voz*) Joe, no quiero que pienses que yo...

JOE: Cállate... Madre está enferma.

MYRA (*Excitada*): ¡Oh, lo sé, lo sé, todo es pura porquería! ¡El Chase Roof, bailar bajo las estrellas...! Y luego, de vuelta a casa, vomitando sobre el lateral del coche..., ¡vomitando! Y después para en el parque y trata de... ¡Oh, Dios, yo quiero divertirme! ¿No crearás que me divierto mucho cosiendo gafetes en las fajas, allá en Werber & Jacobs? ¡Por las noches quiero salir, Joe, quiero ir a sitios, pasarlo bien! ¡Pero no quiero que individuos como ése me soben! ¡Me dan más asco que si fueran cucarachas!

JOE: ¡Cállate!

MADRE (*Débilmente, desde otra habitación*): Joe... Myra...

(*Se oye un gemido*)

MYRA (*Asustada*): ¿Qué es eso?

JOE: Madre. Está enferma, está... (MYRA sale corriendo por la puerta de entrada y se encienden de nuevo las luces.) ¡Muerta!

SILVA: ¿Qué?

JOE: Nada. ¿Quieres un poco de perfume?

SILVA: ¿Qué clase de perfume?

JOE: Clavel.

SILVA: No. Me ofende la sugerencia.  
(*Entran de nuevo los MOZOS*)

MOZO 1.º (*Al 3.º*): Deja de zascandilear por ahí en lugar de trabajar. Coge las alfombras.

MOZO 3.º: Bien, jefe. Debían haber puesto a un suplente con garra. Meighan o Flowers.

MOZO 2.º: ¿Flowers? No le da ni a un elefante. Agarra un extremo del sofá. ¡Hop!

MOZO 4.º: Col para cenar en el piso de al lado.

VOZ DE MUJER (*Llamando quejumbrosa desde la calle*): ¡May-zeeeee! ¡Oh, May-zeeeee!

MOZO 3.º: En aquel partido de Chicago...

(*Los MOZOS sacan el sofá y otros muebles por la puerta de entrada. JOE descuelga una fotografía de la pared*)

SILVA (*Levantando la vista*): Myra, ¿eh?

JOE: Una que salió en huecograbado, una vez que batió un récord en los relevos del Valle del Mississippi.

SILVA (*Cogiendo la fotografía*): ¿Tenía buen tipo, eh?

JOE: Sí.

SILVA: ¿Qué es lo que hace que una chica cambie de ese modo?

JOE: ¿De qué modo?

SILVA: Ya sabes.

JOE: ¡No, yo no sé nada! ¿Por qué no te largas de aquí y me dejas solo?

SILVA: Porque no quiero. Porque estoy leyendo un cuento. Porque creo que estás chiflado.

JOE: ¿Sí? Dame esa foto.

(*Se inclina sobre su maleta para guardar la fotografía con sus cosas, y en ese momento la luz se debilita un poco y entra MYRA. Su aspecto es notablemente más vulgar y artificial. Lleva una negligée que no puede haber comprado con su sueldo mensual*)

MYRA: Me gustaría que no trajeses aquí a ese italiano.

JOE: ¿Silva?

(*Poniéndose de pie*)

MYRA: Sí. No me gusta como me mira.

JOE: ¿Te mira?

MYRA: Sí. Es igual que si estuviera desnuda delante de él, por la forma que tiene de mirarme. (JOE *rie agriamente.*) ¿Crees tiene gracia que me mire así?

JOE: Sí que la tiene.

MYRA: Mi sentido de lo cómico no coincide exactamente con el tuyo.

JOE (*Mirándola*): Te estás volviendo excesivamente tímida..., protestando porque los chicos te miran.

MYRA: Bueno, ese tipo es repulsivo.

JOE: ¿Porque no vive por Ladue?

MYRA: No. Porque no se baña.

JOE: Eso no es verdad. Silva se ducha todas las mañanas en el local del partido.

MYRA: ¡En el local del partido! Más valdría que trataras de relacionarte con personas que te hicieran algún bien, y no con... italianos radicales, y negros y...

JOE: ¡Cállate! Dios mío, te estás volviendo vulgar. El esnobismo es siempre el primer síntoma. ¡Nunca he conocido un *snob* que no fuese de una vulgaridad aplastante!

MYRA: ¿Es esnobismo no soportar a la gente puerca?

JOE: ¡Gente puerca es ésa con la que tú vas por ahí! ¡Carcamales metidos en trajes de cincuenta dólares con llagas purulentas en el cogote! ¡Deberías hacerte un análisis de sangre!

MYRA: ¡Tú..., tú... no puedes insultarme de ese modo! Voy a llamar a papá... a decirle que...

JOE: Yo tenía esperanzas puestas en ti, Myra, pero ya no las tengo. Bajas por el tobogán como un cerdo bien cebado. Mírate al espejo. ¿Por

qué te mira Silva como te mira? ¿Por qué silbó el chico de los periódicos cuando pasaste por delante de él anoche? Porque pareces una fulana..., una fulana barata, Myra, una que él podría conseguir por cuatro perras. (*Ella le mira, pasmada, pero no responde inmediatamente*)

MYRA (*Despacio*): Nunca me hubieras dicho una cosa así... si viviera mamá.

JOE: No. Si viviera mamá no estarías como estás. O no te hubieras quedado aquí en la casa.

MYRA: ¿En la casa? Esto no es una casa. ¡Son cinco habitaciones y un baño, y yo voy a largarme lo antes que pueda, lo digo en serio! ¡No voy a danzar por aquí, entre un puñado de lunáticos de pelos largos que te desnudan con los ojos, y encima que me llamen... cosas feas!

JOE: ¡Si mi hermana fuera honesta..., yo mataría a cualquiera que se atreviera a mirarla así!

MYRA: Tú precisamente puedes hablar... Tú, que no haces más que holgazanear el día entero, escribiendo porquerías que nadie lee. ¡Nunca haces nada, nada, no ganas un centavo! ¡Yo que papá... te echaría de aquí a patadas antes de... Aaaah!

(*Se vuelve haciendo un gesto de disgusto*)

JOE: Quizá no sea necesario.

MYRA: ¿Ah, no? Vienes diciendo eso no sé cuánto tiempo. ¡Para sacarte a ti de aquí tendrán que sacar primero hasta la última silla!

(*Se rie y sale. La escena se ilumina de nuevo*)

JOE (*Para sí*): Sí... (*Vuelven los MOZOS 1.º y 2.º y empiezan a enrollar la alfombra. JOE les observa y después habla en voz alta.*) Hasta la última silla antes que yo salga.

(*Rie*)

SILVA: ¿Qué?

JOE: Recibí una postal suya la semana pasada.

SILVA: ¿De quién?

JOE: De Myra.

SILVA: Sí, ya me lo dijiste. (*Deja a un lado la revista.*) Me pregunto dónde estará tu padre.

JOE: Dios. No lo sé.

SILVA: Es curioso que un viejo como él deje su empleo y se largue sin más ni más Dios sabe adónde..., después de cincuenta... o cincuenta y cinco años de llevar una vida ordenada de clase media.

JOE: Supongo que se cansó de vivir una vida ordenada de clase media.

SILVA: Cuando lo veía ahí sentado en ese butacón por las noches me preguntaba en qué pensaría. (*Han vuelto a entrar los MOZOS 3.º y 4.º y ahora se llevan el butacón.* JOE quita de encima su camisa cuando pasan junto a él y se la pone despacio)

JOE: Yo también me lo preguntaba. Y sigo preguntándomelo. Jamás abría la boca.

SILVA: ¿No?

JOE: Siempre ahí sentado, ahí sentado, noche tras noche, noche tras noche. Bueno, ya se fue, todos se fueron.

SILVA (*En otro tono*): Más vale que te vayas tú también.

JOE: ¿Por qué no te adelantas tú y me esperas, Silva? No tardo nada.

SILVA: Porque no me gusta como te estás comportando, y por alguna maldita razón me siento responsable de ti. Podría darte la idea de hacer el Steve Brody y tirarte por una de esas ventanas.

JOE (*Con una risa brusca*): Por Dios, ¿a santo de qué iba yo a hacer eso?

SILVA: Porque tu estado de ánimo es anormal. He estado observándote. Miras al vacío como si se te hubiera aflojado algo en la cabeza. Sé lo que

estás haciendo. Experimentas un placer morboso viendo sacar de aquí estos trastos viejos, igual que lo experimentan algunos toxicómanos rondando por un cementerio después de enterar a alguien. Esta casa está muerta, Joe. No puedes hacer nada. (*Lejos, al final de la manzana, ha empezado a sonar un organillo lanzando al aire un viejo blues de diez o quince años atrás. Se aproxima poco a poco, con una alegría melancólica, hasta el final de la obra.*) Escribe sobre ello algún día. Llámalo: «Elegía a un piso vacío». ¡Pero ahora mi consejo es que salgas de aquí y te emborraches! Porque el mundo sigue andando. Y tú tienes que seguir andando con él.

JOE: Pero no tan de prisa que no pueda siquiera decir adiós.

SILVA: ¿Adiós? ¡No está en mi vocabulario! «Hola» es la palabra de hoy.

JOE: Te engañas a ti mismo. Estás diciendo adiós constantemente, en cada minuto de tu vida. Porque la vida es eso, ¡un largo, largo adiós! (*Con intensidad casi de sollozo.*) ¡Una cosa tras otra! Hasta que llegues a la última, Silva, y entonces... ¡adiós a ti mismo! (*Se vuelve bruscamente hacia la ventana.*) ¡Vete ya, vete y déjame solo!

SILVA: Como quieras. Pero creo que estás llorando y me pone enfermo. (*Empieza a ponerse la camisa.*) Te veré en el Weston, si es que todavía veo. (*Sonriendo forzosamente.*) Recuerda, chico, lo que dijo Sócrates: «¡La cicuta no es un buen sustitutivo de una jarra de cerveza!» (*Ríe y se pone el sombrero.*) Hasta luego. (*SILVA sale, dejando a JOE en la habitación vacía. Las manchas amarillentas en las paredes, el papel despegado y roto, con su monótono dibujo, la estrambótica fealdad de la lámpara,*

*se destacan ahora con cruel relieve. La luz que entra por las ventanas es clara y descolorida como una limonada aguada y se oye el zumbido de una mosca cuando cesa la música del organillo. Vuelve a sonar la melodía y queda ahogada por el ruido del camión de mudanzas al arrancar, que se desvanece rápidamente. JOE se dirige lentamente a las ventanas)*

VOZ DE NIÑO (*Gritando en la calle*): ...tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez... ¡Ya vaaaaleee! (*JOE pasea lentamente la mirada por la habitación. Todo su cuerpo se contrae en un espasmo de dolor nostálgico. Después sonríe sin ganas, coge su maleta y va hacia la puerta. Se lleva la mano a la frente en un saludo burlón a la habitación vacía, se mete la mano en el bolsillo y sale despacio.*) ¡Ya vaaaaleeee! (*Suben hasta la habitación risas y gritos dispersos. Se va perdiendo la música y baja despacio el*

Telón

Háblame como la lluvia y déjame escuchar...

## Personajes

HOMBRE  
MUJER  
VOZ DE NIÑO

Una habitación amueblada al oeste de la Octava Avenida en la zona central de Manhattan. En una cama plegable está echado un HOMBRE vestido con una camiseta arrugada, despertándose con los suspiros de quien se acostó muy borracho. Una MUJER está sentada en una silla junto a la única ventana de la habitación, vagamente delineado su perfil sobre un cielo preñado de lluvia que todavía no ha comenzado a caer. La MUJER tiene en la mano un vaso de agua que va bebiendo a pequeños sorbos, a sacudidas, como bebería un pájaro. Los rostros de ambos son jóvenes y desmedrados, como los rostros de los niños en un país donde hay hambre. Se hablan con una especie de cortesía, una especie de formalidad afectuosa como la de dos niños solitarios que quieren ser amigos; y, sin embargo, dan la impresión de haber vivido juntos durante mucho tiempo, y de que la presente escena entre ellos es la repetición de una escena tantas veces vivida que



su contenido emocional plausible, como el reproche y el arrepentimiento, está totalmente gastado, y no queda nada más que la aceptación de algo irremediabilmente inalterable entre ellos.

HOMBRE (*Con voz bronca*): ¿Qué hora es? (*La MUJER murmura algo inaudible.*) ¿Qué, cariño?

MUJER: Domingo.

HOMBRE: Ya sé que hoy es domingo. Nunca das cuerda al reloj.

(*La MUJER alarga el brazo, un brazo desnudo y delgado que sale de la deshilachada manga de su quimono de seda rosa y coge el vaso de agua, cuyo peso parece inclinarla un poco hacia delante. Desde la cama el HOMBRE la observa muy serio, con ternura, mientras ella bebe agua. Empieza a oírse una música tenue, vacilante, con una frase que se repite varias veces, como si en la habitación contigua alguien estuviese tratando de recordar una canción en una mandolina. A veces se oye cantar una frase en español. La canción podría ser Estrellita. Empieza a llover; a lo largo de la obra cesa y se reanuda la lluvia varias veces. Una bandada de palomas pasa aleteando junto a la ventana y se oye la voz de un niño que canta fuera...*)

VOZ DE NIÑO: Lluvia, lluvia, vete y vuelve otro día. (*Otro niño repite la canción en son de burla más lejos.*)

HOMBRE (*Por fin*): Me pregunto si cobré el cheque del seguro de paro. (*La MUJER se inclina hacia delante como si le pesara el vaso de agua; lo deja en el reborde de la ventana con un pequeño chasquido que parece asustarla. Ríe, jadeando, por unos momentos. El HOMBRE continúa, sin mucha esperanza.*) Espero no haber cobrado mi cheque. ¿Dónde está mi traje? Mira en los bolsillos, a ver si lo llevaba encima.

Háblame como la lluvia...

MUJER: Volviste mientras yo estaba en la calle buscándote, y cogiste el cheque y dejaste sobre la cama una nota que no pude descifrar.

HOMBRE: ¿No pudiste descifrar la nota?

MUJER: Sólo un número de teléfono. Llamé, pero había tanto ruido que no entendí nada.

HOMBRE: ¿Ruido? ¿Aquí?

MUJER: No, allí.

HOMBRE: ¿Dónde era «allí»?

MUJER: No lo sé. Alguien me dijo que fuera y cogió; y después ya sólo daba la señal de comunicar...

HOMBRE: Cuando me desperté estaba en una bañera llena de cubitos de hielo medio derretidos y de cerveza High Life de Miller. Tenía la piel azul. Estaba ahogándome en una bañera llena de cubitos de hielo. Era cerca de un río, pero no sé si era el río Este o el Hudson. En esta ciudad le hacen a uno cosas terribles cuando está inconsciente. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran tirado a puntapiés por una escalera. No como si me hubiera caído, sino como si me hubieran dado puntapiés. Una vez recuerdo que me afeitaron la cabeza. Otra vez me metieron en un cubo de basura que había en un callejón, y salí de allí con cortes y quemaduras en todo el cuerpo. La gente depravada abusa de uno cuando se está inconsciente. Cuando desperté estaba desnudo en una bañera llena de cubitos de hielo medio derretidos. Salí de allí arrastrándome y fui al salón, y al entrar yo alguien salía por la otra puerta, y yo abrí la puerta y oí cerrarse la del ascensor y vi las puertas de un pasillo de un hotel. Estaba puesta la televisión y al mismo tiempo sonaba un disco; el salón estaba lleno de mesas de ruedas cargadas de cosas que debían haber subido los camareros del hotel, y jamones ente-

ros, pavos enteros, sandwiches de tres pisos, fríos, que se estaban poniendo secos, y botellas, y botellas, y más botellas de toda clase de bebidas, que ni siquiera se habían abierto, y recipientes con cubitos derritiéndose. Alguien cerró una puerta al entrar yo... (La MUJER toma sorbos de agua.) Cuando entré alguien se marchaba. Oí cerrarse una puerta y fui a la puerta y oí la puerta de un ascensor cerrarse... (La MUJER deja el vaso.) Por el suelo de aquel apartamento junto al río..., cosas, ropas... esparcidas... (La MUJER se sobresalta un poco al pasar junto a la ventana abierta una bandada de palomas) Sostenes..., pantalones..., camisas, corbatas, calcetines... y muchas cosas más...

MUJER (Débilmente): ¿Ropas?

HOMBRE: Sí, toda clase de prendas personales, y vidrios rotos, y muebles volcados como si hubiese habido allí un zafarrancho general y hubiese entrado en el apartamento... la Policía...

MUJER: ¡Oh!

HOMBRE: Debió haber una lucha violenta... allí...

MUJER: ¿Tú estabas...?

HOMBRE: En la bañera, entre... el hielo...

MUJER: Oh...

HOMBRE: Y recuerdo que cogí el teléfono para preguntar qué hotel era, pero no recuerdo si me lo dijeron o no... Dame un sorbo de ese agua. (Ambos se levantan y se encuentran en el centro de la habitación. Se pasan muy serios el vaso de uno a otro. El se enjuaga la boca, mirándola gravemente, y cruza la habitación para escupir por la ventana. Después regresa al centro de la habitación y le devuelve a ella el vaso. Ella toma un sorbo de agua. El pone sus dedos con ternura sobre el largo cuello de ella.) Ya he recitado la letanía de mis desgracias. (Pausa. Se oye la mandolina.) Y tú, ¿no tienes nada

que contarme? Háblame, dime algo de lo que pasa detrás de tu... (Sus dedos recorren la frente y los ojos de ella. Ella cierra los ojos y levanta una mano como para tocarle. El le coge la mano y la mira volviéndola, y después oprime los dedos contra sus labios. Cuando se la suelta ella le roza con los dedos. Acaricia su pecho delgado y liso, como el de un niño, y luego sus labios. El levanta la mano y desliza sus dedos por el cuello y el escote de su quimono a medida que se afirma el sonido de la mandolina. Ella se vuelve y se apoya en él, reclinando la cabeza en su hombro; y él sigue recorriendo con los dedos la curva de su cuello y dice): Hace tanto tiempo que no estamos juntos de verdad. Vivimos juntos como dos extraños. Encontrémonos y quizá no nos perdamos. ¡Háblame! ¡Yo he estado perdido!... Pensaba mucho en ti, pero no podía llamarte, cariño. Pensaba en ti todo el tiempo, pero no podía llamar. ¿Qué iba a decir si llamaba? ¿Iba a decir, estoy perdido? ¿Perdido en la ciudad? ¿Circulando como una tarjeta sucia entre la gente? Y después colgar... Me siento perdido en esta... ciudad.

MUJER: ¡Desde que te fuiste no he tomado más que agua! (Lo dice casi alegremente, riéndose de lo que dice. El HOMBRE la estrecha contra sí con un gemido suave, emocionado.) ¡Nada más que café en polvo, hasta que se acabó, y agua! (Ríe convulsivamente)

HOMBRE: ¿Puedes hablarme, cariño? ¿Puedes hablarme ya?

MUJER: ¡Sí!

HOMBRE: Pues háblame como la lluvia y... déjame escuchar, déjame estar ahí echado y escuchar... (Se tumba en la cama y se da la vuelta, quedando boca abajo, con un brazo colgando por

*un lado de la cama y golpeando de cuando en cuando el suelo con los nudillos. La mandolina continúa.)* Hace demasiado tiempo que no hablamos... abierta y claramente. Cuéntame cosas. ¿Qué has estado pensando en silencio? Mientras yo he circulado como una postal sucia por esta ciudad... ¡Dime, háblame! Háblame como la lluvia, y yo estaré aquí echado y escucharé.

MUJER: Yo...

HOMBRE: ¡Tienes que hacerlo, es necesario! ¡Tengo que saber, así es que háblame como la lluvia y yo te escucharé, aquí echado, te escucharé...!

MUJER: Quiero irme de aquí.

HOMBRE: ¿Quieres irte?

MUJER: ¡Quiero irme de aquí!

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: ¡Sola! (*Vuelve a la ventana.*) Me instalaré con un nombre supuesto en un pequeño hotel de la costa...

HOMBRE: ¿Con qué nombre?

MUJER: Anna... Jones... La camarera será una viejecita que tenga un nieto y hable de él... Yo me sentaré en la silla mientras la viejecita hace la cama, con los brazos colgando... a los lados y... su voz será... apacible... Me contará lo que cenó su nieto..., tapioca y leche... (*Se sienta junto a la ventana y bebe sorbos de agua.*) La habitación será umbrosa, fresca y estará llena del murmullo de la...

HOMBRE: ¿Lluvia?

MUJER: Sí. De la lluvia.

HOMBRE: ¿Y...?

MUJER: ¡La ansiedad... desaparecerá!

HOMBRE: Sí...

MUJER: Al cabo de un rato la viejecita dirá: ya tiene la cama hecha, señorita; y yo le diré: gracias... Coja un dólar de mi monedero. Se

cerrará la puerta. Y me quedará otra vez sola. Las ventanas serán altas, con largos postigos azules, y habrá una temporada de lluvia..., lluvia..., lluvia... Mi vida será como la habitación, fresca, umbrosa y... llena del murmullo de la...

HOMBRE: Lluvia...

MUJER: Todas las semanas, sin falta, el correo me traerá un cheque. La viejecita me cobrará los cheques y me traerá libros de una biblioteca y recogerá... la ropa de la lavandería... ¡Siempre llevaré ropa limpia!... Me vestiré de blanco. Nunca seré muy fuerte ni me quedarán muchas energías, pero pasado algún tiempo tendré las suficientes para pasear por la explanada, para pasear por la playa sin esfuerzo... Por las tardes pasearé por la explanada que bordea la playa. Elegiré una playa donde ir a sentarme, no lejos de la glorieta donde la banda toca selecciones de Víctor Herbert mientras oscurece... Tendré una habitación grande, con postigos en las ventanas. Habrá una temporada de lluvia, lluvia, lluvia. Y me sentiré tan agotada después de mi vida en la ciudad que no me importará estar sin hacer nada, simplemente oyendo caer la lluvia. Estaré tan tranquila. Las arrugas desaparecerán de mi cara. No se me inflamarán nunca los ojos. No tendré amigos. No tendré ni siquiera conocidos. Cuando sienta sueño regresaré despacio al pequeño hotel. El empleado dirá: buenas noches, señorita Jones; y yo me limitaré a sonreír apenas y cogeré mi llave. Nunca ojearé siquiera un periódico ni oír la radio; no tendré ni idea de lo que ocurre en el mundo. No tendré conciencia del paso del tiempo... Un día me miraré al espejo y veré que mi cabello está empezando a ponerse gris, y por primera vez me daré cuenta de que he estado viviendo en ese peque-

fio hotel bajo un nombre supuesto, sin amigos ni conocidos ni relaciones de ninguna clase durante veinticinco años. Me sorprenderá un poco, pero no me preocupará. Me alegraré de que el tiempo haya pasado tan sin sentir. De cuando en cuando quizá vaya al cine. Me sentaré en la última fila, con toda esa oscuridad en torno mío y unas figuras inmóviles sentadas junto a mí, ignorándome, mirando a la pantalla. Personas imaginarias. Personajes inventados. Leeré largos libros y los diarios de escritores muertos. Me sentiré más cerca de ellos que me he sentido nunca de las personas que conocía antes de retirarme del mundo. Será grata y sedante esta amistad mía con poetas muertos, porque no tendré que tocarlos ni que responder a sus preguntas. Me hablarán sin esperar mi respuesta. Y me vendrá el sueño escuchando sus voces que me explicarán misterios. Me quedará dormida con el libro todavía entre las manos y lloverá. Despertaré, oiré la lluvia y me volveré a dormir. Una temporada de lluvia, lluvia, lluvia... Después, un día, al cerrar un libro o al volver sola del cine a las once de la noche, me miraré al espejo y veré que mi cabello se ha vuelto blanco. Blanco, blanco del todo. Tan blanco como la espuma de las olas. (*Se levanta y pasea por la habitación mientras habla.*) Recorreré mi cuerpo con las manos y percibiré lo asombrosamente delgada e ingravida que me he quedado. ¡Oh, Dios mío, qué delgada estaré! Casi transparente. Apenas real, ya. Entonces advertiré, sabré, un tanto confusamente, que he permanecido allí, en ese pequeño hotel, sin... relaciones sociales, responsabilidades, inquietudes ni perturbaciones de ninguna clase... durante casi cincuenta años. Medio siglo. Prácticamente toda una vida.

No recordaré siquiera los nombres de las personas que conocía antes de llegar allí, ni qué se siente cuando se espera a alguien que... puede no venir... Entonces sabré —mirándome al espejo— que ha llegado el momento de pasear sola una vez más por la explanada, con un viento fuerte azotándome, el viento limpiísimo que sopla desde el confín del mundo, desde más lejos aún, desde los fríos límites del espacio ultraterrestre, desde más allá de lo que haya más allá de los confines del espacio. (*Se sienta otra vez, vacilante, junto a la ventana.*) Entonces saldré y pasearé por la explanada. Pasearé sola y me iré adelgazando, adelgazando.

HOMBRE: Nena. Vuelve a la cama.

MUJER: ¡Cada vez más delgada, más delgada! (*El va hacia ella y la obliga a levantarse de la silla.*) ¡Hasta que al final no tendré cuerpo ya y el viento me cogerá en sus fríos brazos blancos y me llevará para siempre!

HOMBRE (*Le besa el cuello*): ¡Vamos, ven a la cama conmigo!

MUJER: ¡Quiero irme, quiero irme de aquí! (*El la suelta y ella vuelve al centro de la habitación, sollozando incontinentemente. Se sienta en la cama. El suspira y se asoma a la ventana; la luz brilla a intervalos tras él y arrecia la lluvia. La MUJER se estremece y cruza los brazos. Sus sollozos han cesado, pero respira con dificultad. La luz centellea y el viento gime fríamente. El HOMBRE sigue asomado a la ventana. Por fin, ella le dice con voz suave...:*) Vuelve a la cama. Vuelve a la cama, cariño... (*El vuelve hacia ella su cara perdida mientras*)

Cae el telón